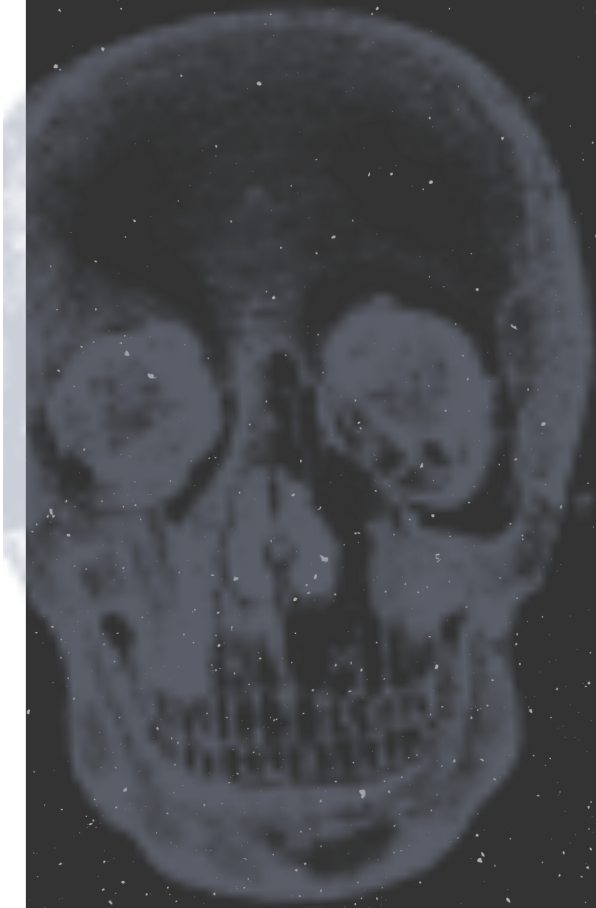


La mujer que nació sin alas

Jonathan Toledo

La mujer que nació sin alas



Jonathan Toledo

Capítulo 1

La mujer que nació sin alas

El alquimista arrojó una manzana hacia lo que parecía un patio abandonado y tres niños salieron de entre la basura ávidos por probar bocado. Sus ropas estaban hechas jirones, su piel llena de llagas y sus alas parcialmente desplumadas.

Desde la llegada del Dragón, el mundo estaba pereciendo. Las cenizas habían cubierto el cielo, los cultivos se marchitaban y el ganado moría. El hambre creía y la población mermaba. Cada vez los nacimientos eran menos y pocos eran los niños que sobrevivían y llegaban a la adultez. Sus hermanos de Orden, incapaces de solucionar el problema, se suicidaban o perdían la cordura.

Pero la Profecía cambiaría todo. El alquimista levantó vuelo y comenzó su viaje. Tardó siete semanas en llegar hasta la morada del Dragón, atravesando el desierto y llegando hasta las montañas. Era imposible perderse, el cielo se ennegrecía y el aire se envenenaba con el olor a azufre a medida que se acercaba al volcán, la morada de la bestia.

Cuando llegó reinaba el silencio. No había animales ni plantas y solo se podía encontrar pedazos de roca color bordó. Esta durmiendo, pensó el alquimista. Pero, en ese momento, escuchó un extraño sonido, era como si las entrañas de la tierra se quebrasen. El suelo comenzó a vibrar y, del interior del cráter, surgió la criatura como una enorme lombriz que se asoma a la superficie. Estaba bañada en magma y era tan grande que sólo la parte emergida podía medirse en kilómetros. El magma comenzó a escurrírsele por los costados dejando ver sus escamas doradas. Extendió sus alas y rugió con una potencia que tiró al alquimista al suelo.

Sin perder un instante, para que no se percatase de su presencia, el alquimista voló y lanzó niebla sólida contra sus ojos. Enceguecida, la bestia se retorció furiosamente y el sabio aprovechó la oportunidad para acercársele. Pero fue olido. De una sola embestida, la criatura lo engulló.

No podía ver y todo su cuerpo ardía, podía sentir su piel despedazándose, dejando su carne expuesta. Sus músculos se licuaban y su sangre hervía. Con desesperación intentó salir. Sacó sus dagas y comenzó a clavarlas primero en el paladar del monstruo, luego en la lengua y, por último, en las encías. El ardor era extremo, vio a su amada y a su mundo perecer, nunca habría salvación para su raza. Y así se dio por vencido y dejó de luchar. Se abandonó a la nada. Quizás por ello la bestia lo escupió. La voluntad de poder del Dragón no podía ser impuesta en quien dejaba de

luchar, quien se daba por muerto.

Cayó contra las rocas y casi se desmayó. La bestia estaba en frente suyo pero lo ignoraba. Se miró de pies a cabeza. Su piel se había caído en todas partes a excepción de sus pies y tobillos pero aún conservaba muchos de sus músculos y órganos internos; al menos los de sus piernas y brazos podían seguir funcionando. Probó sus alas pero lo único que quedaba de ellas eran sus huesos. Pero lo que vio en ellos lo llevo al éxtasis. La saliva de la bestia se había fundido con sus partes blandas destrozándolas pero, en cuanto llegó al hueso, este no había podido ser digerido, dejando la sustancia intacta. El alquimista tomó un frasco de vidrio y la embotelló . Tenía lo que había venido a buscar.

Cuando volvió a su campanario, su amada no lo reconoció de inmediato. Los músculos de su cara habían desaparecido hasta los huesos al igual que los de sus alas. Pero aún le quedaba un ojo en la cuenca izquierda y, al ver color de este, amarillo ámbar, reconoció a su amado y supo que la Profecía se cumpliría.

Sin mediar palabra, abrió sus piernas y dejó que el alquimista colocase el esputo del monstruo en su interior. Gritó porque quemaba pero pudo soportarlo con sentido del deber.

Pasaron los meses y su vientre crecía. El alquimista recordaba cómo la había encontrado, encerrada en su caverna con miedo a salir. Ella era muy especial, había nacido sin alas, tal como la Profecía lo había previsto.

Al noveno mes, ella dio a luz. Dos homúnculos nacieron ese día. Uno parecía humano, a excepción de sus alas, que carecían de plumas y asemejaban a las de un murciélago. El otro no era alado, al igual que su madre.

Al verlos, el alquimista empezó a temblar. No pensaba que tendrían ese aspecto, sino el de gusanos, más parecidos al padre. Ahora se encontraba en la posición de tener que asesinar a dos niños, serenos, hermosos. El alquimista sacó esa idea de su cabeza. Sabía que no eran niños y que su misión era demasiado grande para sentimentalismos.

Los homúnculos se maceraron durante siete lunas y luego fueron homogeneizados con el mortero. Estaba todo listo, a la mañana siguiente cumpliría su destino y lograría salvar a su pueblo. La Tierra Sagrada esperaba su llegada.

El sol se asomó por el firmamento mientras él estaba al pie de la Torre Maestra. La ceremonia había durado toda noche y sus graznidos sonaban ásperos por haber realizado los cánticos. Cuando la luz lo alumbró, bebió

la pócima hecha de homúnculos. Y desapareció.

Su cuerpo se dividió en partículas y estas se rearmaron en la Tierra Sagrada. Sintió el suelo duro y levantó la vista. Una torre se erigía ante él. Era de metal y podía ver a través de los espacios vacíos. Escuchó sonidos a su alrededor. Vio hombres sin alas, cientos, que corrían para alejarse de él. Entonces, se tomó la cabeza y rió. El mundo con el que se salvaría la Humanidad ya estaba habitado.